

1915
1 25 AGOSTO 1897 !

ABIRAM

— Ó —

EPÍLOGO DE SANGRE

APÓLOGO POLÍTICO - FILOSÓFICO
DE ACTUALIDAD

POR

JOSÉ M.^a BLANCH CODONER



MONTEVIDEO

Librería, Papelería y Tipografía «Franco-Oriental»

ZABALA, 101 — RINCÓN, 45

1897

25 AGOSTO 1897!

ABIRAM

EPÍLOGO DE SANGRE

APÓLOGO POLÍTICO-FILOSÓFICO

DE ACTUALIDAD

POR

JOSE M.ª BLANCH CODONER

85529
BIBLIOTECA



NACIONAL

DONACION MELIAN LAFINUR

81.389

52.344

MONTEVIDEO

LIBRERIA, PAPELERIA Y TIPOGRAFIA «FRANCO-ORIENTAL»

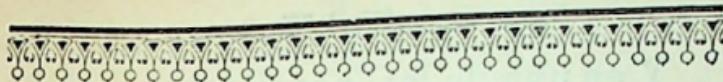
ZABALA, 101 — RINCÓN, 45

1897

ABIRAM

ó

EPÍLOGO DE SANGRE



CAPÍTULO I.

TIRANICIDA !

DROCEDENTE de dos razas meridionales del viejo mundo y trayendo consigo la austeridad, soberbia y fortaleza proverbiales de las castas primitivas, vino á la vida. El azar lo arrojó al nuevo mundo como la tempestad arroja los despojos del naufragio; no á la playa desierta y despiadada en la ocasión, que asimismo semejárale linde del Cielo al misero mortal en los agobios del desastre, sino que la verdadera tierra de promisión fué la que les deparó el feliz destino á los progenitores del protagonista de nuestro cuento.

Y en una de las predilectas regiones de la América republicana, vió la luz primera el vastago de la triste progenie, que echó el proceloso Océano sobre el mundo de Colón; el germen también de la idea redentora, envuelta en la carnal vestidura de un pobre y misero ser, á quien apenas abrigaran sus tiernos y ateridos miembros, los toscos y raídos pañales que la caridad pública proporciona al hijo del desheredado.

En humilde cuévano fué mecido el pequeño Moisés, deparado por el hado para penetrar los misterios de la moderna filosofía, grande y soberana de sí, por ser la única basada en la ciencia experimental y en la equidad y la razón, y la única también que se adueñará del mundo, por cuanto se eleva á Dios, por los propios atributos de la honrada conciencia y del axioma-virtud.

Sí; en América vió la luz primera el desdichado hijo de la familia errante; y allí, en la patria adorada, tierra fecunda en grandes pasionales, en soberbias y geniales epopeyas, y en culminantes hazañas y heroísmos, como también en hecatombes y nefandos

crímenes, que lo grande es majestuoso lo mismo en virtudes que en vicios..... en la tierra, en fin, á que dió vida el inmortal Zabala y estatuto político el insigne Artigas..... allí se formó y sustentó vida el protagonista de nuestro cuento, aspirando la savia de las ideas sublimes que inspiran la diafanidad de su cielo, su suave ambiente, sus perfumadas selvas, sus rientes praderas, sus caudalosos ríos y sus mansos arroyuelos.

Y al calor del sol radiante que guarda sus primicias para el **nuevo mundo**, y al contacto recio del rugiente pampero, se endurecieron los músculos del tierno ser y se caldeó la imaginación de su débil cerebro.

Fué forjándose en él la idea del exterminio reparador de injusticias, y germinando en las cavernas donde se elabora el pensamiento, la forma práctica del ideal razonado, que, aunque envuelto entre las tenebrosidades del crespón tétrico, resulta idea luminosa siempre, antorcha cuya luz irradia sobre la lobreguez del espacio, en la noche eterna de la fermentida ignorancia.

¡De pobre envoltura surgió el pensamiento! Pero.... de tal surgieron las que sustentó el hijo de *Beth-lehem*, como así también las de un Colón ó un Galileo.



Lo conocimos, mismo, en el promedio de la adolescencia, precisamente en el período álgido de la ejecución de su obra destructora; heroica para el sentimiento sublime, grande, por los justos anhelos del oprimido, acaso execrable para el egoísmo convencional ó la fe de secta.

No muy alto ni musculoso, sin gran carnosidad fibrosa, cutis róseo y terso como el acero, cabeza conformada, frente despejada y labios comprimidos: ojos vivaces y expresivos, esmeraldinos y límpidos, como la diafanidad del cielo; nariz griega y boca regular, con modelaciones desdénosas, en similitud con sus agitados movimientos musculares, todo lo que nos confirmó carácter impresivo y sensibilidad exquisita, valor inaudito y sentimientos elevados, corazón apasio-

nado, alma delicada y espíritu investigador; un todo con la máxima socrática: *mens sana in corpore sano*.

Lo contemplamos en situación aciaga, y al ver su desdén sin afectación, su valor y entereza sin mezcla de petulancia y su justo raciocinio, no creimos ver en él, al inconsciente sectario, al feroz bandido, al iluminado ó poseído, ni al petulante ávido de celebridad siniestra.

—Este hombre,—dijimos,—es todo consciente.

—Luego ¿qué papel representa en el acto luctuoso?—nos preguntaron.

—Sencillamente, es el brazo de la Providencia.

Dios es justo y reparador oportuno.



No preguntamos su nombre, pero sabemos su historia que con la cruda escena de sangre vamos á relatar á nuestros lectores.

Anticipamos que no hacemos apología de hechos ni de sujetos, sino que sencillamente somos el porta-voz de

la opinión, que raramente falla por injusta, pues que, aunque alguien diga que «voz del pueblo es voz del diablo», nosotros siempre tendremos por axioma el *vox populi vox Dei*.

Todo es cuestión de no confundir la opinión imparcial de un pueblo, con la sugestiva ó interesada de los sectarios adeptos del *sistema* de destrucción, la de los factores de la opresión, ni tampoco con la de los seráficos ó estólidos apocalípticos que todo lo esperan de la profecía.

Y como algún nombre tenemos que darle á nuestro héroe, le daremos el bíblico, cuan tenebroso de *Abiram* (*), que en traducción del caldeo, equivale á **matador**.

(*) Genes—Josué, VI—26; I Reyes, XVI—34.



CAPÍTULO II.

LIBERTICIDA!

LLEGARON en mal hora para la patria amada sus días de prueba y sus horas de sacrificio.

El pueblo airado tronó por fin contra el liberticida, que había conculado sus leyes venerandas, pisoteado el Estatuto Nacional, vejado la dignidad del ciudadano, con menosprecio de sus derechos, y hasta de la razón humana, monopolizado el Erario, y haciendo, en conclusión, ley de su capricho, había también chafado su soberanía institucional y su altivez ingénita.

¿Y quién era él? ¿de qué se formó?
No era nada, y de la nada salió.

Mísera oruga del inculto erial, tornóse mariposa dorada del prado ameno. El vendaval de la política lo echó sobre el Presupuesto, convirtiéndose más tarde en uno de los tantos *huérfanos* que el Estado sustenta, con las perlas de Cleopatra, desleídas en agua del Páctolo.

• • • • • • • • • • • • • • •

¡Cinco lustros de despotismo, más ó menos sanguinario, pero siempre expoliador y burocrático, habían de dar los tristes resultados que dieron!

Era, pues, el liberticida de nuestra historia, rama del mismo tronco, fruto del mismo arbol, y, por tanto, hijo de sus propias obras. El medio ambiente que respiraba y en que se formó y sustentó, era letal; venenoso, pues, debía ser su hálito.



Por fin retumbó el cañón en la antes feraz y hoy estéril pradera; los gri-

tos de algarada llamaban á los combatientes á sus filas, produciendo el consiguiente pavor y espanto á las gentes pacíficas y á los deudos de los hombres de lucha; grandes masas de caballería talaban los campos y destruían la propiedad, sumiendo en la miseria á hacendados y colonos y en el caos á la propia patria; y sobre tanto clamor y angustia y agobios y desdichas, el bronce místico, tañendo en redobles funerarios, mientras el sacerdote, á la vez que plegaba por los muertos, asistía á los propios funerales de la patria.

Y la capital y los villorrios y poblados, y las ciudades y pueblos, recibían las tristes remesas de los *caídos*, para quienes ya no había hospedaje ni posible cabida y asistencia, en los infinitos hospitales de sangre de *iniciativa popular*.

Y muchos, muchos ¡infinitos! caían sobre la madre tierra, para morir entre los estertores del hambre, y el dolor agudo, la sed y la gangrena y más que de los desgarros de la herida, ¡morían sí, por carecer de asistencia!

¡Manes de los queridos muertos,

que clamáis venganza, el Dios de verdad, no el ídolo fementido, os la dará completa! que **El** ha dicho *que con la vara que midieres con ella serás medido, y que el que á cuchillo mata, á cuchillo ha de morir.*

Es ley inmutable que jamás se burla, y ¡guay si se burlara! que si las fibras no manan sangre, la ha de manar la conciencia, produciendo dolor más agudo que el que produce el desgarro de las carnes ó la mutilación de los miembros.



Y el invicto uruguayo luchó y lucha, y pequeñas huestes de héroes hicieron cejar á los embravecidos faraónicos, no por ser más valientes ni osados, que ambos eran hijos de una madre como así lo fueron también Caín y Abel, sino porque con ellos combatía el Dios de la venganza en consorcio con la deidad Razón.

Probaron, en efecto, los bizarros adalides de las instituciones nacionales, que las huestes del tirano no eran

invencibles, *ni invulnerables tampoco.* Lección esta que deben aprender los engrēidos y soberbios; recuerdo es también, que debe usanar á los verdaderos hijos del pueblo.

¡Mentis soberano para los que creían el nervio nacional yerto!

No; que el león no era muerto. ¡Apenas dormía!



Y mientras tanto, la bella Capital sufría frecuentes paroxismos de dolor.

Continuamente se sentía la nota lugubre que al tañer y vibrar en el espacio, conmovía la fibra nacional.

Todo eran brigadas, regimientos y escuadrones de tropas vivaqueando en las plazas públicas; lo que causaba terror y espanto.

Y... luego, la **leva discrecional y abusiva** ¡la cruel leva! ¡la caza del hombre por el hombre mismo!

Soldados y más soldados, fuerza y más fuerza, sangre y mas sangre, hasta tornarse en ríos de savia nacional los prados y los bosques, las calles y las

plazas! y sin embargo... por sabido era que no siempre triunfaba el más fuerte, que el débil David bien pudo con el gigante de los filisteos.



Y no obstante.... ¡la paz reinaba en Varsovia! y como dijo el sanguinario Murat, después de los fusilamientos de la Moncloa... que también la paz reinaba en el pueblo del 2 de Mayo.....!

¡Del mismo modo en la ciudad poética, en la Metrópoli Uruguaya, también reinaba á la sazón... la paz de los muertos!

Todo era desolación y todo angustia.

El espectro del hambre se cernía, cual fantasma del terror, sobre el hogar del bracero y aún el de la clase medianamente acomodada.

Pero asimismo, había *sport* y había *coliseo*, que los mariscales de la política del medro á quienes hacían coro los petulantes y los necios, aun gustaban del alborozo de la fiesta épica y de oír los sonorosos gorjeos de la diva famosa.

Y mientras ellos reían, la patria común lloraba y la orfandad en montón y el lisiado en la amargura.

Pero ¿qué importancia tenía la carne que iba al sumidero, ni el hueso que iba al osario?

—¡Es que esa carne y ese hueso son del hijo del pueblo, del que mandáis matar por el *orden* y la *libertad* ¡**a hierro!** y del otro más sublime, pero también hueso de tu hueso y carne de tu carne, del que lucha, en fin, con la divisa del polaco!.... **«por nuestra libertad y por la vuestra.»**

Pero.... el magnate de mala estirpe acaso diga:

¡Bah! ¿Quién ignora que eso es carne de cañón, y hueso que ha de calcinar y fecundizar nuestras tierras de labor?...

Que bien cierta es ¡ay! la sentencia política de que «los despotismos y tiranías causan más mal en sí, *por lo que degradan y pervierten*, que por lo que destruyen y aniquilan».



CAPÍTULO III

ANTECEDENTES

Ventre penas y sinsabores, y entre las aflicciones y agobios de una triste existencia, abundando los padecimientos físicos y morales, y careciendo de dichas y placeres, y hasta de pan á las veces, fué deslizándose la vida del protagonista de nuestro cuento.

Desde su tierna edad y apenas en posesión de los elementales conocimientos de una educación primaria, que con asiduidad y empeño perfeccionó en sus escasas horas de ocio y en

las robadas al reposo, ya se cumplía con él la sentencia bíblica dictada contra el primer hombre de que «*con el sudor de tu frente te ganarás el sustento.*» No obstante de que por obra de injusticias mundanas, hombres hay, y no pocos, que toman el sustento que otros sudan y aun se regalan y se regocijan con vida sibarítica, absorbiendo, como el zángano del panal, el trabajo del obrero, convertido al azar en abeja productora. Para estos sólo rige la sentencia del Génesis, recaída en el asunto amoroso de *illo tempore*.

¡Psch! para algo se escribe la fábula...

Mas, volviendo á hilyanar nuestro discurso, diremos que el joven *Abiram* era todo un buen hijo, buen hermano y buen amigo; trabajador y hacedoso, sin ningún vicio ni mayor pasión pecaminosa, muy contraído á sus deberes y poco dado á los placeres: su pasión era la lectura de obras literarias y estudios novelescos.

Todo lo que ganaba en sus faenas lo entregaba á sus padres, reservándose tan sólo pequeñas sumas para sus parentorías necesidades y hábitos, y so-

bre todo para comprar alguna prenda de vestir ó dije á su pequeña *Antonita*, una hermana menor á quien amaba con el entrañable y sublime cariño de hermano afectuoso y sincero y con lo débil afectuoso.

Amantes y amados uno y otro de su familia, era extremosa, no obstante, la reciprocidad con que aquellas almas tiernas se estimaban.

Sus ancianos padres, lo querían á *Abiram* con embeleso, ya que también con el egoísmo natural, hacia un ser, que para ellos era, aunque con poco caudal, verdadero manantial de recursos.

Eran ancianos y necesitaban de su apoyo.

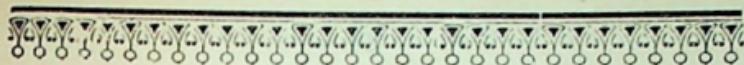
No eran los recursos del enunciado hijo los únicos que servían para el sostén de la familia, pues que el autor de sus días percibía una muy modesta renta, proveniente, no de bienes ganados ó heredados en la *India*, sino de una pequeña herencia recibida de sus modestos patrios lares, que hay infortunados para quienes la madre común de la franca naturaleza ameri-

cana, no les es propiciatoria ni pródiga tampoco.

Moraban en la casa del héroe de nuestro cuento, ocho personas de su familia; los septuagenarios sus progenitores, con cuatro hijos varones, uno de ellos Manuel, menor que *Abiram*, y dos niñas: la llamada *Antonita*, de diez y seis años de edad y otra mayor nombrada *Lola*, hermanas por consiguiente de nuestro historiado.

Todos tenían que vivir, en la actualidad, del producto del mísero jornal ó salario de *Abiram*.

Más tarde, hasta éste faltó; y días hubo que en la desdichada casa de aquella honrada y laboriosa gente, se careció de pan.



CAPÍTULO IV.

MÍSERA EXISTENCIA

Cn una pobrísima habitación de pequeñas dimensiones y adornada con más que modestísimo menaje, bien que éste aseado y pulido, y artísticamente colocado, se hallaban á la sazón platicando, varias personas, al parecer de la propia familia de la casa.

No haremos sobre ellas mayor diseño, puesto que no son otra cosa que figuras decorativas de nuestro cuadro; empero las describiremos en lo esencial y calidad de sus tipos.

Anciano, de luenga barba, casi de-

crépito y de naturaleza y físico quebrantados, por sus padecimientos y sus tres cuartos de siglo de edad, era el mas respetable del modesto concurso, y no otro que el padre del joven *Abiram*, cuyo retrato descriptivo hemos hecho, confiando hacer también su diseño moral, en ocasión de relatar sus rasgos más caracteristicos y lo más descollante de su vida en acción.

Eran los demás contertulios del anciano bosquejado, sus prenombrados hijos Manuel, militar en la ocasión, y las niñas Lola y *Antonita*.



— ¡Vaya, muchacho, no hay que desesperar! Cuando el sol sale á todos alumbrá.

— No digo que no alumbre á todos; pero *no á todos calienta*, —repuso el llamado Manuel con ese donaire peculiar del militar criollo.

— ¿Y qué más quieres, muchacho? replicó el anciano con bondadosa sonrisa y sin saber qué aducir á la observación del soldado.

—¿Que qué más quiero?..... Pues nada; que ni yo sé lo que quiero. Pero positivamente algo.... y mucho me hace falta. ¡Malhaya mi perra vida!

—¡Vamos, Manuel!—observó el anciano con mutación severa,—no empieces á darte á la desesperación. Si esta época es mala y tenemos mala suerte... día vendrá, hijo, en que Dios se cansará de tenernos á prueba de abnegación y sacrificio y... acaso cambie nuestra suerte.

—Para las *calendas griegas*; sí, para entonces me las den todas, si antes no he hecho una barbaridad. ¡Canejo!.... que esto no es vivir!

—¡Los pocos años, muchacho, y la sangrecita hirviente, es lo que te dictan tus palabras!

No ignores que el destino y la suerte en la vida, como las propias naturalezas que Dios formó, no son todos iguales; igualdad sólo existe en la... muerte, lo que deja deducir que allá, sólo **allá**, seremos todos iguales.

—¡Siempre es un consuelo!

—Espera y confía; y si tu suerte es

la adversa de tu padre.... *pacencia*, hijo, *pacencia*.

Tienes salud, una conciencia tranquila; eres querido de tu familia y de tus amigos, y sobre todo... no te falta un pedazo de pan... ¿Qué másquieres?

—No, tata, *pára los pies*. Mira que el pan ya no anda muy abundante en casa, según colijo,—objetó con triste ironía el interlocutor del viejo.

—¡Es verdad...! Mi rentita es escasa y está empeñada, tú no ganas y..... somos ocho bocas.

Pero no importa. Ya te digo, hay salud y hay vida, aunque sea miserable, y basta.

Setenta y tantos años tengo, y mucho, pero mucho, he sufrido

Pues bien, hijo, con todo y con eso no me pesan aún mis tres cuartos de siglo ¡y tú te quejas siendo aún un niño, y sano y robusto por añadidura?...

¡Malhaya! con estos americanitos que ya de jóvenes miran la vida con los ojos de la visión y del fatalismo!

¡Vieras tú lo que somos en Europa, en el mundo viejo, en que nos trasmítimos de generación en generación

nuestras penas y pobrezas, y sin embargo, tan campantes! Si no hay botines, albarcas ó almendreñas, si no hay chaqueta de paño fino, hay zamarra de pieles, y á falta de pan blanco, no está malo el de borona.

Hay salud, no hay ambición.... y «viva la gallinita con su pepita!»

—No está mala la digresión,—replicó silabando las frases y con tono irónico el soldado, mientras se contemplaba con risa sarcástica su uniforme raído, su kepis deshecho y sus botas destrozadas.

Una risa espontánea, sonora, franca y llena, contestó á la observación del espiritual Manuel.

Rió el viejo y rieron los demás circunstantes.

—¡Qué muchacho este...! Con él no se puede!

—Y te pagaron tus haberés?—preguntóle aquél al joven militar, sin duda por cambiar de conversación.

—Están pagando!

—¡Qué gente Jesús! ¡qué gente! Y eso que no falta para fiestas y saraos.

—**E ainda mais**, tata.

—¡Bah! así es el mundo. Hay que echar las penas á la espalda,—terminó el padre.

—Gracias á que yo no pienso volver al ejército.

—¿Vas, á desertar hijo?

—¡Qué esperanza! Sino que el general, viendo que mi sacrificio lo había hecho para traerles á ustedes pan, y no por afecto á la milicia, ni á la causa del gobierno, un día me dijo: «Mira Manuel, puedes volverte á tu casa, si quieres, y veas si encuentras trabajo, pues yo voy á renunciar el empleo. Tú ya ves, ni pagan ni hay esperanza de que paguen tampoco.

«Tengo, como ves, la gente muerta de hambre, y hasta sin uniformar; y vamos, que hasta por decoro se hace mi situación insopportable.

«Nada sería que la patria nos exigiera este y otros mayores sacrificios, pero.....»

Entonces el hombre, por delicadeza no se explicó ante su inferior, pero yo terminaré por él.

Quería él decir, que las arcas del Estado se llenan, pero que asimismo

se vacían, no para satisfacer necesidades administrativas, sino que para echar el oro al pozo de Airón.

Vamos, ya me entiende usted.

—Sí, hijo, demasiado que te entiendo.

—De modo que no volverás al ejército... ¡Ay qué alegría!,—observó á la sazón Lola.

—Sí, Lolita, hermana mía, desde ayer dejé de ser soldado.

Mañana, si no encuentro trabajo del oficio, una cuerda al hombro, y á la esquina.

—¡Pobres de nosotros!—suspiró el anciano.

—¿Y has pasado muchas miserias, Manuel?,—preguntóle *Antonita* á su hermano, con el interés propio de hermana y curiosidad de niña.

—¿Que si he pasado *mija!* Figúrate: mal comido, es decir, días había que ni eso; malísimamente vestido; ya lo ves, prenda, traje de brin, en riguroso invierno, cargado de hierro y plomo, combatiendo día á día y hasta sin un mal poncho ó capote para abrigarme en estas noches de frío siberiano.

—¿Pues con qué te tapabas?

—Con el freno de mi caballo... ja... ja... ja...

Sí, hija, sí, como dijo el poeta: «por cama la verde alfombra»—«por cubierta la celeste techumbre» y á veces por compañía... los muertos....

¿Y á todo esto, *Abiram* encontró trabajo?

—No, hijo, no. ¡Pobre *Abiram*! Pero nada le recuerdes ni lo entristezcas; harto desesperado está!....

—Ahí viene. ¡Silencio!—interrumpió toda cuitada Lola.



Abiram entró en la salita, triste y ceñudo; saludó, no obstante, con efusión á su hermano y la conversación giró sobre un suceso notable de actualidad. Oigamos.

--¿De modo que lo han querido *limpiar*... á ese *bandallo*?—preguntó Manuel á su hermano.

—Sí, pero cosa de criaturas. No le

faltó corazón, es cierto, al muchacho que quería redimir á la patria con la muerte del *liberticida*; pero careció de experiencia, y de calma y seguridad, sobre todo.

Se ató la muñeca para que no le temblara el pulso, pero vamos... tampoco podía hacer nada con el arma defectuosa é inservible de que se sirvió.

Para esas cosas...!—rechinó con extraña entonación, que admiró á los circunstantes, *Abiram*; y luego de una pequeña pausa, cambió su fisonomía de enojo en finjida complacencia, y dándole un beso sonoro á *Antonita* y un abrazo fuertísimo á *Lola*, salió, como huyendo, de la sala.

—¿Han visto qué triste está mi hermano?—preguntóles su hermana favorita.

—Triste y extraño, reiteró Manuel.

—Este muchacho se me vuelve loco, si esto sigue así.

¡También, nos vé sufrir y no puede remediarlo! Figúrate qué se ofreció hoy hasta de lava-platos en un fondín.

¡Él, tan digno y tan soberbio!

Pues ni así...—terminó el buen an-

ciano con los ojos arrasados de lágrimas que brotaban rebeldes, no sabemos si por impulso de afecto hacia su hijo ó también por efecto de la triste situación de su familia.



CAPÍTULO V.

LOS GRACOS

GRAN muy comentadas, entre los estudiantes de la época, las reuniones que celebraban algunos jóvenes de carácter é instrucción sumas, en el Club denominado de «Los Gracos», fundado é instituído por algunos universitarios de verdadera fibra patriótica, de austeridad y elevado civismo.

Y el tal centro no era otra cosa que una habitación modesta, de uno de los miembros no menos humildes de aquella juventud, de quienes la patria tanto

bueno espera y en quienes el progreso nacional y la redención política, cifran todo su destino.

Pero aunque pequeño el local y modestos los originales congresales, á la vez que exigüas sus pretensiones en el orden político y en el social, es lo cierto que había que oír de los jóvenes oradores la palabra enérgica é impresiva, que brotaba de los labios de aquellos discípulos de Demóstenes y Cicerón, como destellos de ciencia y convincente lógica.

Todo era platónico, es verdad. Simplemente se trataba de dar repaso á las lecciones sobre Historia Antigua y *sobre los derechos del hombre*.

Eso era lo que aparecía del concepto; también eso mismo es lo que decían los interesados; pero... acaso sin ellos darse cuenta, el club de los Gracos era verdadera fragua donde se caldeaba y retemplaba el espíritu nacional, ya de sí enervado y en completa decadencia en la ocasión.

Concluiremos manifestando que en el centro en cuestión, sólo tenía cabida un número determinado de jóvenes,

ya de sí conocidos y que merecianse reciproca confianza.

Nuestro conocido *Abiram* tenía, no obstante, entrada en aquella agrupación. Era amigo de uno de los congresales, y se le consentia asistir á sus sesiones por favor; así... *ad honorem*.

Su rol era pasivo. Escuchaba con atención y fruimiento, y si estaba verdaderamente á gusto entre aquellas pléyades de chiquillos que se dedicaban al estudio, nada menos que de los asuntos complejos de la historia, bien á las claras lo decían á las veces, sus miradas insinuantes y sus rudos y enérgicos palmoteos, cuando la palabra persuasiva de algún erudito orador, escupía el anatema ó reflejaba la gloria.

En fin, cuando la voz extraña, otra cosa no era que destellos vibratorios de su propia alma, y síntesis, en sustancia, de su pensamiento y de sus creencias.

Que él sabía sentir, y sentía bien y con elevación de miras; pero su lengua torpe y su pluma tosca no sabían dar forma al engendro de su pensamiento.



Y el tal club formaba hermoso contraste y muy curioso y original prisma, en particular la noche de nuestro relato, en que por efecto del suceso ligeramente comentado por los hombres de la familia de *Abiram*, y del que ya hemos dado cuenta en términos enunciativos, era extrema la concurrencia agrupada en aquel pequeño recinto:

De verse eran, en efecto, con el bullicio y animación y la conversación siempre digna y discreta y hasta galana, el contraste formado por la destortalada habitación, que por ser un pobre desván, cedido por el padre de uno de los *gracos* al objeto indicado, más que centro social, parecía aquello un tabuco.

Una tosca mesa de pino, con algunos libros y recado de escribir, al rededor de la cual algunas sillas desvencijadas, eran á la vez que tribuna, el estrado desde donde se dirigían los debates.

Después, rústicos bancos á su frente y alumbrada la habitación por una lám-

para colgada del techo y alimentada con aceite mineral.

Y á su opaca luz, se podían apenas estudiar aquellas fisonomías jóvenes y viriles, risueñas y placenteras, y cuyos tipos eran infinitos, como consiguientes á la amalgama de castas, y especies y familias que contienen los pueblos cosmopolitas de América.

Al lado del rubio de finas líneas, nervioso é impresionable, modelo puro de la raza anglo-sajona, el nervudo, de cabeza grande, elevados músculos y mirada dormida y pensadora que refleja al germano ó teutón, al eslavo ó moscovita, y promiscuamente, el verdadero tipo del celta, el meridional y el ibero, el indígena americano, de cabello negro y ojos de mirar fuerte é insinuante, negros también como las profundidades del abismo, ó también el ejemplar del atavismo ó del albinismo más pronunciado.

Y todas esas razas, fornidas ó enclenques, perfectas ó degeneradas, esforzadas ó pusilánimes, cobardes ó bravías, están, no obstante, refundidas en el crisol que perfecciona y purifica,

como retorta de alquimista que deja en su fondo la escoria, y en la superficie, la pureza de los metales que liquida.

Ese es el propio concepto tropológico de lo que puede el caldeamiento de la ardiente idea republicana, que tiene estabilidad propia en el nuevo mundo, en el mundo del porvenir.

¿Que hay tiranía?

Pero no se hace carne ni perpetúa.

Esa es su gloria; que así como al arnijo no le mancha el fango de la ciénga, así el ideal republicano perdura, aún ante el envilecimiento y la torpeza.



—«Y bien, señores, amigos míos,— comenzó el disertante de aquella noche, joven de reconocida inteligencia, conocido por el apodo de *Cayo Graco*, por su erudición y vehemencia, y por su condición de tribuno experto.

«Nos hemos reunido aquí para juzgar así..... en familia, de lo justo ó injusto, y hasta de la oportunidad, necesidad ó razón del fracasado *tiranicidio* de esta tarde.»

«Tocóme á mí la suerte de disertar sobre el tema, y os prometo hacerlo, no sé si á satisfacción ó armónico con vuestras ideas, pero á lo menos con sinceridad y lógica.»

«El problema es arduo y complejo, problema de sangre, ante el que la sociedad pacata, nutrida de romanticismos y de sofismas, tiembla y se conmueve y *no dice lo que siente.*»

«Casi enigma ante el obscurantismo de los penitentes; jalón de moral y convencionalismo para el dogma, y razón de estabilidad para el meticuloso republicano ó el estadista adepto del moderantismo *convencional.*»

«Todos anatematizan y condenan la destrucción de la unidad, *aún en bien colectivo*; hasta los empedernidos agiotistas y los criminales inconfesos, haciendo eco á los místicos, levantan su voz airada para condenar el sucesoluctuoso, cubriendo con alba túnica su ropa roja, y sin lavarse siquiera las manos tintas en sangre de la manada de las heridas de los Enrique III y IV, de Luis XV, de Percelval, de Isabel II y de cien más, víctimas del fanatismo de secta.»

«No ignoro tampoco que los anales de nuestra vida en acción nos designan sectas aleves, de feroces homicidas, factores de los crímenes más infames e injustos que registrar jamás puede la Historia; crímenes que no reparan, sino que alientan al mal y que conmueven la fibra menos sensible del corazón humano. Pero aun de la responsabilidad de estos hechos, bien que aunque extraños al dogma en que militaron factores siniestros como Damiens, Clemente, Ravaillac, Barriere, Bellingham y Merino, no está libre, cual lo está del golpe rudo la *santa casa*, pues que de ella salen los apologistas de la horrenda secta, que hoy prima entre la ferocidad y la barbarie modernas.»

«Hé aqui, pues, amigos míos, que sólo el sectario ó el hipócrita, el fanático ó el raposo criminal pueden condenar como injusta la ley de la reparación, ley suprema, como ya he dicho, desde que sustentada en el mismo Génesis constituye obra de humanidad preconizada y por cuanto también la exige la salud del pueblo: *salus populi, dura lex... pero es ley.*»

«Pues, que es indudable, que una gota de sangre de la unidad *selecta*, no es más que el caudal rioso de la derramada por un pueblo mártir, siquiera aquélla séala en el trono de la majestad y ésta en los brozales ó peñascos, en las plazas públicas, en el cadalso ó en las mazmorras. Según la causa, así es el factor; según el mal así debe ser la reparación.»

El entusiasmo de los concurrentes acreció ante estas últimas palabras del orador, quien prosiguió así mismo haciendo historia y demostrando, que, en el caso concreto, *Liberticida* debía morir, desde que su insensatez y orgullo dictaban su fin. Era hasta cuestión de humanidad así hacerlo.»

Describió después con rasgos vividos los sufrimientos del pueblo, la sangre derramada, á título tan sólo de fantasía insensata, y para dilapidar la hacienda pública, la prensa amordazada y cual en época alguna declarádose por ley expresa, *cosa inviolable*, el funcionario expoliador, fuera del orden que fuere, dentro del vicioso régimen administrativo de la época ominosa.»

Recordó también la súplica sobre la paz, antes y *entre* la guerra, y por fin el extrangulamiento de la vida institucional.

Pintó con vivos colores la atonía pública y el paroxismo de rabia que sentía el pueblo, siempre impotente ante la fuerza avasalladora y la mordaza; y su vergüenza también ante la opresión y la barbarie, que lo aniquilaban adentro y lo deshonraban en el exterior.

Recordó los castigos y golpes de knut que laceraban carnes honradas, la correa flagelante que crugía en el espacio para arrear á inermes ciudadanos, cual rebaños de ovejas, por el simple *delito* de reunirse á pedir *paz* y *trabajo*, y un poco de sol patrio del mucho cuyos goces disfrutaban los tiranos y sus sicarios, ó acaso para discutir teoremas dogmáticos tan sólo.

«Y bien,—agregaba el orador con calor y brío,—¿habéis visto cosa peor en otros tiempos? ¿Hay algo que recuerde más gráficamente la Roma de los Triunviros y de los Césares? Pues mirad cuál será nuestro enervamiento,

que aun nos permitimos discutir, si cabe hacer caer al golpe del hierro ó del plomo á los Nerones ó Calígulas, ó á los Tiberios de imbecilidad criminal.»

«¡Y es que está reservada sin duda para América la grande, para ese bravo pueblo de los anales homéricos, el dejar impunes los grandes liberticidios y los despojos sangrientos...?»

«Mas no, ¡alto ahí!,—tronó de esta vez el orador,—el Uruguay reivindica sus derechos; tuvo y tiene tiranías; alentó en su seno liberticidas y opresores: pero también airado los castigó, hiriéndolos, no en las tinieblas, sino de frente, á la alta y radiante luz del sol con mano firme y hasta con nobleza, sin ensañamiento ni ferocidad.»

«Los castigó, sí, y los castigará, obedeciendo al mandato de su ley fundamental que le ordena esgrimir:

«*Si enemigos, la lanza de Marte,
Si tiranos, de Bruto el puñal.*»

—¡Bravooo!,—bramó la concurrencia.

«Verdad es,—prosiguió el orador

con voz conmovida de esta vez,—que del sectarismo feroz también tenemos ejemplo en la patria, por lo que respecta al asesinato alevoso del héroe del Boquerón...»

«¡Recuerdo doloroso que amarga el alma y que rememora los grandes martirologios de la libertad de los pueblos, en las aleves masacres del invicto general Prim, del austero republicano Lincoln y del no menos ilustre compatrio, general Flores, á quien en particular me refiero!»

«Pero,—... observó con voz airada el joven orador,—«de hechos tan infames, no hay conciencia honrada que no proteste, ni voz que no truene contra tamañas alevosías; que nadie, nadie, ni aun sus siniestros factores recordaron como proeza jamás».

«Brotaron éstos del infierno y á él volvieron».

• • • • • • • • • • •
«*Fueron esas, por suerte nuestra, épocas que no volverán.*»
• • • • • • • • • • •

«Recuerdo de intento tales abominaciones partidistas, para comparar sin

embozo, sucesos tan antitéticos en su esencia y en sus propósitos, como antitéticos son la virtud del vicio, la verdad de la mentira y la sinceridad de la ficción.»

«¡Ayer, un pueblo que se enluta y se conmueve, y una comunidad de hombres de hierro que llora! Hoy.... ¡original contraste! un pueblo que se expande y regocija ante la simple presunción de que haya un varón fuerte, un brazo providencial que lo liberte y lo redime á costa de la sangre del opresor.»

El orador terminó:

«Hémos pues conformes en que es obra grande y loable el tiranicidio, como lo es también destruir el escollo que intercepta el camino de toda vida física ó moral.»

«Que el que tal haga, que tal pague; y cuando la obra destructora, *que repara y vindica* sea eficaz ¿sabéis cómo debemos llamar á nuestro centro?...»

—**«Abiram! —**rugió una voz, á la vez que uno de los concurrentes desaparecía del local, envuelto entre el torbellino de aquella juventud excitada.»

—«Sea, pues, *Abiram*, — repuso el orador un tanto perplejo dando, empero, fin á su discurso;—triste primicia para el tirano ó el falaz necio que escarnece nuestras leyes venerandas, si no retrocede de la fatal senda y el hado hace práctico en él, el símbolo de esa fatal entidad genésica.»

«¡Merezca bien de la patria, el que tal hiciere!»...

CAPÍTULO VI.

REFLEXIONES

Qué bárbaro! ¿Si me habrán conocido? La verdad es que ese diablo de muchacho hablaba como un libro; lo mismo que yo pensaba; era mi conciencia, era mi pensamiento. Sus palabras sonaban en mis oídos como voces del cielo, la cabeza me zumbaba y en poco estuve de volverme loco..... *De juro* que fué una barbaridad el gritar..... *aquello*, y sin duda que me habrán creído beodo ó loco y nada menos que esto, pues *¡juro* por el alma de mis padres y de mis hermanos, á quien tanto quiero, que yo..... yo solo voy á dar cuenta de ese

mal hombre, culpable de tanta desgracia! ¡Aunque me hagan trizas, aunque me trituren, yo, *Abiram*, yo solito voy á salvar á la patria!

Verdad es que *ese* no es el solo culpable; es apenas uno de los *punteros* del andamiaje; pero... al fin, es el principal y el armatoste ya carcomido de sí, se vendrá al suelo, faltandole base; además que mi actitud impondrá á los otros, á los que quieran socundarle.

¡Que vean! ¡que vean que el oficio tiene sus quebrantos!

El muchacho de los Gracos ha dicho bien, es una obra reparadora, y el que tal haga merecerá bien de sus conciudadanos.

Esto es hecho.



Así monologaba *Abiram*, horas después de la sesión de los Gracos, con pasión y con palabras broncas que él mismo se escuchaba, con fruición, sin vanidad empero... y sin asomo de orgullo. Casi con impasibilidad razonara, sino

fuera que le apasionaban sus propios argumentos.

Era un ser curioso, un ejemplar de abnegación suma. Se creía obligado él, como cualquier otro ciudadano á ejecutar lo que pensaba; si otros no lo hacían, no era suya la culpa, y si alguien se le adelantaba, levantaría el hombro y se diría con espartano estoicismo: «alguno tenía que ser; todos somos obligados á dar la vida por la patria, nuestra madre común.»

Era un convencido que iba á cumplir la misión que el hado le designaba, sin importarle un ardite, ni el peligro inminente que corría de perder la vida, ni aún el odio, ó los rayos del Júpiter Tonante, con que lo conminaran los imbéciles ó los taimados y harteros sangradores de la patria exangüe.

¡Quién iba á decirle al joven orador de los Gracos, que su discurso inspirado y caldeante, pero al fin cosa platónica, había de decidir del destino de la patria y señalar el camino de redención á un pobre mártir, que como el del Gólgota, también sería escupido azotado y crucificado acaso, ante la

algazara de los *moralistas*, verdaderos escribas y fariseos de la moderna Ju-dea, que también pedirían su cabeza; y agregado á todo esto, la indiferencia del pueblo redimido, ya que no la execración y el anatema y... también cárcel y hierros.

No obstante el acto sería de provechosos resultados, así en lo físico como en lo moral, y poco le importaba á *Abiram* la befa y el escarnio, ni el injusto castigo del juez falible, desde que iba á jugar la vida, precisamente para libertar á los suyos y sin más premio que la gloria póstuma, el fallo de la historia *único infalible*. Así se decía el predestinado en sus deliquios de amor patrio.

Y nosotros agregamos que en efecto el sacrificio de un pobre pescador fué proficuo al pueblo de Israel, á la vez que regenerador de sus costumbres. La sangre de este apóstol sublime del Evangelio sirvió de jalones en sus rojas huellas para que los tibios ó los indecisos supieran cual era el camino del martirio y de la gloria.

«Un mártir más, por fin,» se habría

dicho *Abiram*. No en balde lo sublime y lo abnegado es antitético de lo egoístico.



Vino á interrumpir á aquel en sus reflexiones la voz argentina, de modulaciones suaves, como canto de hada, de la espiritual *Antonita*, su hermanita idolatrada. Y caso es ya de describir un poco el tipo virtual de esa niña que se sale de lo vulgar y común.

Rubia y de ojos garzos, expresivos y de dulce mirar á la vez, suaves contornos y muy delicados lineamientos, rostro semioval, terza tez y un conjunto en fin de distinción, que imponía por lo severo y correcto.

Tenía un singular porte de severidad que armonizaba perfectamente con su carácter, sino grave, un tanto pensador y reflexivo. Por lo demás, era toda una niña mujer de atrayente condición, destellando de su personita, emanaciones de candor y esfuvios de pureza.

Era además impresionable y sensible; y tal era el afecto que sentía por su querido hermano, que hasta el don de sugestión y de adivinación tenía

pura con aquel ser tan querido, que por serlo tanto hasta había, y no obstante su poca edad de niña, menospreciado muy buenas propuestas de casamiento por tan sólo dedicarse al cuidado de los suyos.



—¡*Abiram*....! ¿Qué tienes?

—¿Yo?... Nada.

—Por qué me haces, *Antonita*, esa pregunta?

—¿Por qué? Pues porque te hallo triste.

—Y es inútil que me acultes tus penas. Tú sufres, hermano mío, y ya sabes que á tu hermana la pequeña, no es fácil le puedas ocultar tus penas.

—No, *Antonita*... no seas tontuela. Quimeras tuyas; yo nada tengo, ni nada me apena.

—¿Que no? Ya lo creo.

—Tú sufres, repito, y dime lo que es ello.

Abiram trepidó sobre su silla ante la tenacidad de su hermana y su empeño, y más que por estas demostraciones, por la mirada investigadora de la

niña, fuerte, de vibraciones taladrantes y que parecía llegaban hasta lo profundo del recóndito pensamiento.

Se vió adivinado *Abiram* y hasta pensó con medrosidad extrema, si aquella su hermana querida, le habría descubierto su secreto, y sacádóselo del fondo de su pecho, lo aventara, con la imprudencia innata de mujer, al mundo externo. Pensó y pensó bien, que para llevar á efecto su proyecto debía ocultarse de todos y mucho más de su amada *Antonita*, quien tanta influencia tenía sobre él.

—¡Oh! Dios quiera que nada sepa,— se dijo para si,— procedamos pues con tino;—y así diciendo contestóle á su hermana:

—En efecto, hermana mía, algo pasa por mí; tienes razón, algo y muy grave. Ya te lo diré... es por ahora tan sólo un simple proyecto que tengo...

Acaso tengamos que separarnos.

—¿Cuándo? ¿Y por qué?

—Nada te puedo decir al respecto, *Antonita*. Ten confianza en tu hermano, que á su tiempo lo sabrás todo.

Por ahora cónstete que es tan sólo

para tu bien y el de los pobres viejos, que pienso en ausentarme... por algún tiempo.

A estas últimas palabras vaciló y se tornó lívida su faz.

Su hermana notó esa mutación fisionómica y su voz balbuciente; mas como comprendiera que su hermano no le sería más explícito, se concretó á decirle:

—Pues bien, júrame que no será hoy ni mañana, ni que esté tan cerca nuestra separación... júramelo ó cuéntame si no tu proyecto. ¡Lo quiero! ¿sabes?— agregó con fingido enojo la damita dando una patadita en el suelo.

—¡Uf...! que estás enojada! Vamos cálmate que aun han de pasar muchas lunas antes que se verifique mi proyecto.

Además que no tienes porque alarmarte, *Antonita*; mi proyecto, si se.... realiza será en beneficio de *todos*, agregó con cierta entonación *Abiram*, que pasó desapercibida por su hermana.

¿Estas satisfecha?

—¡Psch! No, pero me conformo. Y ahora, yo á mi vez, te voy á dar una noticia, que no te será muy grata.

—¿Qué noticia? Di, que aun cuando estoy acostumbrado á lo malo, tal es mi excitación que todo me alarma. ¿Es algo de la familia?

—No, no tanto; se trata de un amigo nuestro, de Aloz, de *Juancito* que está herido, en el hospital.

—¡Aloz herido! ¡Pobre muchacho! Sin duda uno de los tantos de la última batalla.

—¿Y dónde está?

—En el hospital de sangre de la Misericordia, sala de Santa Clara.

—Pues mañana que es jueves y día de entrada lo voy á ver.

—Sí, velo, porque te mandó llamar con urgencia esta tarde.

—¡Pobrecita la viejita su madre! —Y una lágrima brotó rebelde de sus párdados, á la vez que una maldición de sus labios. Su hermana desapareció ahogada en llanto.

—¡Pobre Juan!

—Sí, pobre, y tú también ¡desdichada! Hasta el hombre de tus simpatías cae á los golpes rudos del infierno... ¡Y quién sabe el fin que la fatalidad depara á tu hermano!



CAPÍTULO VII.

EXPOLIARIO

ACABABA de reñirse una batalla tan feroz como fratricida. El arte contra la fuerza, cinco por uno, con elementos potentes; sucumbieron otra vez los ilusos capitaneados por los pretores, y en mezcla con los seides del tirano, los pobres hijos del pueblo, arrancados al hogar por la torpe leva y la caza humana.

De esta vez sí que no se cumplió el refrán vulgar de que... «Dios asiste á los malos cuando son más que los buenos,» que en la ocasión fueron los sarracenos los que salieron molidos y mal trechos.

En los hospitales y depósitos de *sangre* ya no cabían más heridos, y eso que muchos de aquellos infelices que cayeron, morían inmolados por el abandono, ya que también por la desidia y la saña.

Los cadáveres en montones eran quemados por los vecinos lugareños del campo de la lucha.

Todo era horror y lágrimas en el pueblo. Todo eran dianas por mentidos triunfos en los palacios de aquellos magnates de hoy, no otra cosa que plebeyos ayer de la peor estofa, y con la música y la bebida soporífera y la bacanal, la gula de Heliogábalo y la sensualidad de Sardanápalo.

La sala llamada de Santa Clara, en el Hospital de la Misericordia, estaba repleto de heridos.

Espeluznaba y conmovía á la vez, el cuadro que aquella mansión del dolor representaba.

Doscientas camas en líneas paralelas, y de las que se destacaban caras cadavéricas, fisionomías tristes, lívidos semblantes y ensangretados rostros,

cuáles cubiertos con metálicas masca-
rillas, cuáles llenos de vendajes, sin
dejarles más respiración que la de las
fosas nasales, otros haciendo zumbar
sus bronquios, cual si fueran fuelles
cribados en mecánico movimiento, pa-
recían momias egipcias en estado gal-
vánico.

Al rededor de aquellos espectros,
algunos inanimados, se veía la faz
grave del sabio clínico, la expectante
y curiosamente investigadora de los
asistentes á la *visita*, ó la placentera,
obsecuente y seráfica de la abnegada
hermana de la Caridad.

Y más, mucho más allí, se veía
lienzo ensangretados por doquier,
máquinas que daban el aire compri-
mido, herramientas lustrosas de ori-
ginal laboratorio de miembros y parti-
culas, que suplantaban las carnosas y
humanas, y verdaderas porciones de
carne y hueso, que envueltas en albos
lienzo, no otra cosa eran que los en
otrora engranajes de vida.

Sobre todo ello el quejido ó la son-
risa sardónica, la cruel blasfemia ó el
apóstrofe sangriento; gritos de dolor.

alaridos de rabia y el silbar estridente del último átomo de la vida que se escapa, al desgarro de la carne, con la oscilación visual, y el trepidar del cuerpo agónico en el último estertor.

Olor insoportable del ambiente impregnado de iodos y sales, en mezcla con el penetrante incienso que se desprende de la cercana capilla, donde las santas madres plegan por la salud de los dolientes y por la bienaventuranza de los muertos.

¡Horrible, horrible era todo aquello! ¡Marco lúgubre con fondo de muerte!

• • • • • • • • • • • •

En una de las horas más sensacionales, pues que era la de visita médica y de operaciones quirúrgicas, tocóle en suerte penetrar á nuestro conocido *Abiram*, en la sala someramente descripta, á la que iba por llamado de su amigo Aloz.

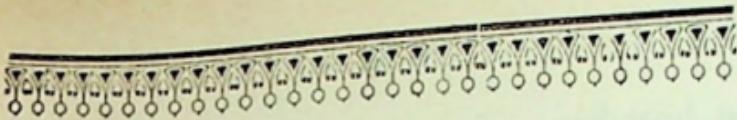
Era mucho, demasiado, para una naturaleza tan impresionable como la del joven, la contemplación de aquel verdadero expliario, en donde los gladiadores del nuevo César prestaban

sus carnes machucadas y sus miembros lacerados, para ser curados ó amputados, ó como secretorio repugnante, para ser echados al montón del osario... y el que salvare, ya quedaba expedito para continuar la brega, en cuyas emociones se recreaban los hijos de Agripina.

Precisamente en aquel momento sacaban para el *depósito* dos cuerpos y éstos, de humanos seres que alentaron vida y cuyo fin llorarán con lágrimas de sangre, y las fauces abiertas por el hambre, sus tiernos huérfanos y sus devalidas viudas.

Un grito bronco ahogó el pecho de *Abiram*, mientras que su vista se dirigía al espacio y su mente á lo finito en pensamiento homicida.

Si la idea de nuestro héroe, luego de germinar, traspasara su cerebro, y su bronco suspiro y su pensamiento fueran expresión gráfica, y ambos repercutieran por el espacio.... todo aquello pregonara á grito herido, la muerte á plomo ó á hierro del insensato *Liberticida*, culpable de aquellas desgracias que afligian al abnegado pueblo.



CAPÍTULO VIII.

EL HERIDO

GRACIAS á Dios que te veo! Creí que no te habrían dado el recado.

Así se expresaba uno de aquellos pobres heridos, no otro que el nombrado Aloz, en conversación íntima con su amigo *Abiram*.

—¿Qué tienes, pobre amigo mio?

—Nada, un brazo astillado por dos balazos. El médico dice que... es fácil me lo pueda salvar...

¡Dios lo quiera! ¡Figúrate tú que iba á hacer yo sin mi brazo derechol Pedir limosna, y mi pobre vieja morirse

de hambre, si antes no la mataba la pena de verme en este estado.

Y así diciendo aquel infortunado joven, rollizo y de muy buen aspecto, aún en su estado anormal, lloraba con honda pena.

Su amigo no lo podía conformar; hacía esfuerzos por no llorar él también.

El enfermo siguió:

—Te mandé llamar, no sólo por gusto y deseos de verte, sino que con el objeto de que veas cómo engañar á la vieja, asegurándole que has recibido carta mía del campamento, noticiándote estar bien.

Yo, con segunda intención, he dado otro nombre que el mío al ser recogido por esas buenas gentes de la Cruz Roja.

—Así lo haré, buen amigo, y mientras yo tenga pan, lo tendrá tu madre.

—Gracias... ¿y *Antonita* está buena?

Así siguió la conversación entre aquellos amigos, hasta que el clarín de guardia del cercano cuartel, después de herir los aires con un agudo toque de atención, entonara luego el patrió-

tico y entusiasta de la estrofa épica.

—¿Y esto?—Preguntó *Abiram*.

—¡Ah! eso es que viene ese... *malvado*, por quien mi vieja carecerá de pan y yo de brazo. Vendrá á contemplar su obra. Hoy nos dijeron que nos visitaría.

Abiram quedó como estatua, perplejo. Una emoción profunda batió su ser. Luchaban en él dos voluntades distintas; tenía deseos de huir y también de quedarse. Suprema voluntad lo retenía con manopla de hierro, mientras que él á su vez hacía impotentes esfuerzos por desasirse de aquella fuerza extraña.

—¡Bah! será mi destino. Pues me quedo. Al fin deseo ver si temblará mi pulso en la ocasión solemne, balbuceó.

—¿En qué piensas?—Le preguntó el herido. No te vayas; así lo conocerás. Aun tardará en venir.

Ahora estará en el cuartel. Están de fiesta por el triunfo que *conseguimos*, dejando en el campo de batalla hasta la balija del general,—profirió el enfermo con sonrisa sarcástica y tono irónico.

—Así se escribe la Historia,—observó *Abiram*.

—¡Mira, mira que cuadro! ¡Quiera Dios que llegue á tiempo, para ver si le toca en el corazón tanta desdicha. Ya van con éste, cinco, hoy.

Ayer fueron más.

En efecto, el amigo de *Abiram* se refería á un funebre cortejo que partía del fondo de la sala. Un cadáver ó cosa, envuelto entre sábanas, era conducido por dos enfermeros; detrás iban llorando á lágrima viva dos pobres niños de corta edad y una hermosa y aún joven mujer, con signos de Máter Dolorosa, por lo angustiada.

Eran los huérfanos y la viuda del caído.

—¡Dos camas! ¡Pronto!—gritó el director de aquel pío establecimiento.

—Las hay; es decir, las habrá,—repuso con ironía el médico de guardia. La **48** se acaba de *desocupar* y... ésta lo estará muy luego.

En efecto, la señalada por el galeno, estaba por *desocuparse* también. Un joven rubio, de ojos grandes, que hacían mayores las fuertes contracciones de su

cuerpo, se sacudía sobre su lecho; de su boca echaba una espuma sanguinolenta, su cabeza oscilaba haciendo desprender las vendas de su frente, de la que manaba un coágulo de sangre negra, de un orificio horrendo, negro también con bordes de amoratada carnosidad... mientras que sus manos en la lucha finita, cimbraban en los aires, como con ansia de asirse á algo invisible... luego el supremo estertor....

—**¡Ya está!** Vengan los dos *nuevos*. En efecto, otros dos heridos vinieron á ocupar las camas, aún calientes, de aquellos sus compañeros que *se fueron para ya no volver más*.

—**¡Esto es horrible!** tronó *Abiram*.

—**Silencio, muchachos!** —gritó una voz de mando...

Una comitiva regia, acompañando á la *majestad* de barro, penetró en la estancia del dolor.

El presunto verdugo y su víctima se vieron, desde luego. Aquél, fiero y ceñudo y con la rigidez de la Sibila vengadora, el otro... desdeñoso y ufano...

—**Toma, muchacho,** —dijole *Liber-*

ticida al amigo de *Abiram*, después de unas palabras de consuelo, que sabían á conformidad de deudo enriquecido ó indiferente.

—No; gracias, señor. ¡Para qué se va á molestar!

Guárdese su dinero. Un murmullo de reprobación reflujo de entre los cortesanos.

—¡Pobre y orgulloso!—dijo uno.

—¡Qué ingrato!—observó otro.

—¿Es revolucionario? preguntó el *Procónsul*.

—No, señor, es de los *legales* y... bravo por añadidura,—contestó quien lo debía saber.

—Pues toma, hijo, estos diez pesos,—insistió *Liberticida*.

—Digo que no, señor; no quiero dinero. Mi brazo quiero yo.

—Pues ¿cómo?—preguntó aquél de esta vez al médico de *Aloz*,—¿Va á perder este buen muchacho el brazo?

—Puede que sí...—contestó el interpelado, después de una vacilación breve;—temo el tétano. Tenemos ya síntomas de gangrena.

—¡Qué lástima!

—Se pudo evitar,—repuso á la sazón con energía y tono severo el hipócrates, si como sucede en todas partes hubieran sido recogidos los heridos á tiempo, y el ejército fuera dotado de los cuerpos de sanidad, que paga. ¡Se gasta tanto en lo superfluo...!

—Alguien lo miró con ceño al valiente médico, que tenía bastante tesón para sostener contra el insensato magnate, el fuero de la justicia y de la humanidad.

—Con decir que este pobre muchacho fué recogido del campo á las veinte y cuatro horas, y por los vecinos humanitarios, esta dicho todo.... y como éste, cien más hay en el mismo caso y aún peor.

—Está bien. El Gobierno lo tendrá en cuenta. Descansa, muchacho.

—Vaya... al diablo el Gobierno! Lo que yo quiero es mi brazo. ¡Mi brazo!— gritó Aloz.—¡Mi brazo para ganarme el pan!

—¡Soberbio!—dijo uno.

—Es el dolor...—observó otro.

El llanto y angustia del pobre herido aplacó á los palaciegos. La comi-

tiva siguió su visita, y alguien al pasar por el lado de *Abiram*, se fijó en su semblante lívido y en sus ojos inyectados de sangre, que con mirada acerada dirigíanse hacia *Liberticida*.

—¡Diablo! y como mira este loco á la *Excelencia*.

Estoy por llevármelo á este pillo al cuartel.

—Vamos, *Coronello*, calme sus nervios—contestóle al tal fierabraz, el médico de *Aloz*, que oyóle su balbuceo y que también viera la actitud fiera de *Abiram*.

—¡Este *dotor*!—replicóle aquél, no otro que un esbirro disfrazado de militar, como se suele el vicio disfrazar de virtud.



Abiram interin, no se daba cuenta de nada de lo que pasaba á su alrededor.

Sólo en un punto tenía fija la mirada y hacia él se le iba el cuerpo, todo convulso y agitado.

—*Abiram*... ¿En qué piensas?

—En nada,—contestóle á su amigo

Aloz. Me voy chico que me ahogo aquí.

Abrazó con efusión y cariño el cuerpo de su pobre amigo; prometióle cumplir sus encargos y volver á verle, y se marchó de la mansión del dolor con paso apresurado y furtivo.

CAPÍTULO IX.

DILUCIDANDO

Vpor efecto de un atentado reciente contra la vida del *Pro-cónsul*, atentado frustado por falta de medios de acción en el agente, según hemos hecho entrever anteriormente, un diario extranjero razonaba sobre el punto, y sacando consecuencia y sentando lógica y verdad, resolvía el problema en un todo favorable á los intentos y posición que trataba de ocupar *Abiram* en la ocasión buscada.

El periodista en cuestión hacia estudio concienzudo de los casos más célebres de la especie, y decía:

«Les perdonara su ferocidad,—agregaba el periodista, refiriéndose á la guardia roja del socialismo,—á beneficio de su extrema abnegación, si no fuera que, á pretexto de *que el mundo está mal hecho*, destruyen precisamente á los miembros más perfectos del concepto, y hasta se ensañan en la inocencia, producto y germen de la misma clase obrera, del proletariado á quien, dicen, quieren regenerar.»

«¡Infames! ¡Asco me dan, por su concepto feroz y despiadado! ¡Peores, si cabe son, que las fieras del bosque, en cuanto aniquilan á su propia especie y á los retoños inocentes de la propia familia!»

«Mas... distingo—proseguía,—que si he hecho historia, es para sacar ilesos el tipo del *tiranicida* uruguayo, héroe de la leyenda de sangre, mártir de la idea, elemento de muerte del Dios de la reparación y de las venganzas. Joven sin vicios, espíritu soñador, formado en la moderna escuela de la religión positiva, modesto en el concepto, hidalgo en su actitud sublime, no ha podido ver, sin conmoverse, las desgra-

cias de su patria y ante el enervamiento de unos, el egoísmo de otros y el indiferentismo y corrupción de los más, quiso devolver á su pueblo, aún á costa de su sangre, los días de dicha que en otrora tuvo y la gloria de que era acreedor... Y abnegado y heróico, se destinó, *victima expiatoria* al sacrificio, en pro de su adorada tierra.»

«Gestó en su mente la obra destructora, que trató de llevar á cabo con estoica resignación; fué desgraciado en su empresa. Estaba escrito.»

«No era sinduda llegada la hora de la redención, pero la hora sonará. Mas, ¿cuándo? No lo sabemos, esas son cosas del Eterno; pero en Él hay que tener confianza. pues que no ha de permitir por más tiempo el agobio de la patria amada, ni es en esa tierra tampoco donde se reproduce la letal planta del despotismo.»

«Conste, pues, que ese mártir merece bien de la patria. ¡Quiera Dios, ó que la planta regenere, ó que en breve la hoz del destino la corte de raíz!»

«Queda, pues, constatado que el caso típico esbozado es digno de loor por la

abnegación, desinterés y patriotismo de su desgraciado agente.»

«Naciones que tengan tales apóstoles de destrucción, no serán vencidas, ni por los déspotas de adentro, ni por los enemigos de afuera.»

«Es la única esperanza del oprimido contra la violencia del fuerte.»



Así se expresaba el diario extranjero en cuestión, caído en las manos de *Abiram*, como del mismo Cielo, pues era más que casual que diario tal tuviera entrada en el país, en la ocasión, en que la correspondencia epistolar era violada, y la telegráfica, para ser transmitida, requería del lápiz rojo del Censor oficial. Más aún, cuando nadie podía emigrar ni inmigrar del país, sin el examen y permiso de rúbrica.

¡Qué insensatez! ¡y qué barbarie!!

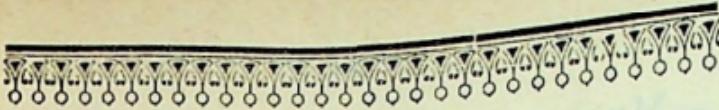
• • • • • • • • • • •



Abiram, ya lo hemos dicho, estaba

decidido á llevar á cabo su obra, acaso necesitaba ser vindicado y preconizado de antemano, y he ahí por donde brotaba un apologista anticipado de su obra.

—¡Esto es hecho!—se repitió, luego de leer y releer el enunciado impreso. Su conciencia estaba formada.



CAPÍTULO X.

«BODAS DE PLATA»

ONTRE esperanzas y desilusiones, entre anhelos y desengaños, fueron pasándose los días, y con ellos, también los paréntesis de una odiada y misera existencia.

Abiram, como el pueblo todo, de humanos y muy elevados sentimientos, confiaba en que la situación aciaga del país tendría su fin, por los buenos medios. Que acaso, el insensato factor de tanto mal llegaría á comprender, que, con sus actos cavaba su sepultura, y lo peor de todo, que iba á legar un aborrecido nombre á los suyos.

Muchos, aun los más pesimistas, confiaban y se decían «que ningún bien ni mal dura cien años.»

Y las justas aspiraciones del pueblo no se creyeron fallidas, cuando el *Pretorio* dió cuenta de que se iba á tratar con los *Horacios*. «La paz es un hecho,»—dijeron á la par que los ilusos, los malvados. «Volverá la tranquilidad y el sosiego, y la vida y el progreso serán estables,»—confirmaban otros. Alguien, no obstante, conocedor de los hombres del gobierno y de su *jatatura*, replicaba á la pública versión, «que todo aquello no eran sino añagazas; una infamia más en el catálogo de los nefandos sucesos.»

Y efectivamente, muy pronto se comprendió que todo aquello no eran sino golpes de zapa contra la fortuna pública, pues que no tenía conveniencias el *Pretorio*, en evitar ni en terminar la guerra, desde que el expolio la cimentaba.

La sociedad quedó al fin perpleja, despavorida, ante la palabra oficial, de que no había paz, por no falsear el principio de autoridad... de **César**.

¡Imbéciles y menguados! que no pensaban que ellos no investían autoridad alguna. que eran representantes tan sólo del fraude y de la fuerza prepotente y que la autoridad reside tan sólo en la soberanía del pueblo.

Mas sobre todo esto, y las populares protestas y el clamor público, rechinó el látigo del comitre, chasqueando sobre la espalda de ciudadanos indefensos. Y reuniones de gentes pacíficas y de centros y ateneos, y manifestaciones de todo un pueblo nacional y extranjero, *pidiendo la paz*, fueron disueltas por el rebenque del esbirro y á bote de lanza de los soldados de la guardia.



— ¡Ea! ya no es posible aguardar más; creí que ese insensato volvería sobre sus pasos y nos ha inferido ahora la más cruel de las afrontas. ¡O él ó yo! ó ambos juntos, que será lo más natural.

Así razonaba *Abiram* en los últimos días de aquella nefanda época.

Y como atraído por fuerza irresistible se vió muy luego conducido á las pro-

ximidades de la mansión del magnate.

Y allí, frente á ella contemplaba, exasperado por la rabia, y atónito ante el desenfado de las empedernidas conciencias, que mientras el pueblo lloraba por sus muertos y sus desgracias, *aquél*, el insensato, culpable de tantas desdichas reía y se regocijaba, regalando en sus *bodas de plata* el estómago privilegiado de un Camacho, para absorberse el centésimo banquete del breve periodo de su opulencia.

Y nuestro héroe, que por héroe lo tenemos, se fué á su casa á meditar el plan que de esta vez se prometía llevar á efecto.

Nosotros interin razgaremos el velo, que cubre el misterio del hogar y, que, según Laboulaye, «en el hombre público no es tal misterio.»



Estallaba de luces é irisados reflejos la estancia de la gula del nuevo Lúculo. Metales bruñidos por doquier, que irradiaban en centellantes vibraciones; finos cristales de Bohemia, que

hacían titilar las luminosas chispas que se desprendían del juego artístico, del eléctrico alumbrado; blancos y lustrados liensos; conjunto armonioso de coloridos, que extasiaba la vista y espacía el corazón. Sobretodo ello, la indumentaria galana de la dama regia y de sus delicadas niñas, capullos deliciosos éstas, que abrían sus pétalos en la tétrica ocasión, cual flores de cementerio.

Las negras siluetas del progenitor y sus especies masculinas, nacidas en otrora á la vida morigerada y discreta, en que no eran soñadas las marmóreas gradas del Capitolio, por el humilde vástago del misero, si bien honrado y alto bracero.

Sólo se oía el armonioso susurro á guisa de céfiro del bosque en noche de estio, que ejecutaba á modo de fantasía sajona, una magistral orquesta situada en el salón.

Las bocas callaban y los ojos tristes singularizaban que, algo de muy siestros presentimientos germinaba en las mentes de aquellos desdichados

seres, verdaderas crisálidas dentro de capullos de oro.



—Y bien, padre mío, firmad la paz y afirmáis vuestra estabilidad y vuestro crédito.

—¡Sí... esposo mío!—suplicóle la amada esposa como eco de su hijo.

—¡La paz! ¡Paz les voy á dar yo á esos... necios! Tengo que hacerles ver que sobre mí autoridad...

—Sí; está la soberanía del pueblo,— rugió el ilustre vástagó.

—¡Imbécil! Se conoce que eres un estudiantillo petulante, en tus ideas *populacheras*.

—¡Pero, padre! ¿no piensas que te matarán...?

—¡Matarme, á mí! ja ja... son pocos y desavenidos. Sabed que soy la fuerza, el poder que avasalla y tritura lo que se antepone... á su antojo ó capricho.

Sabed que tengo cinco ejércitos formidables en campaña, y que mañana las calles centrales de la ciudad, serán cortas para contener en filas dobles las fuerzas que me obedecen.

—Contra todo el poder de César
bastó Bruto.

—¡Tonterías! ¡Mas por creer estoy,
que si yo no fuera tu padre, acaso tú
serías, si no el Bruto de la historia, su
apologista al menos!

—Tened por seguro esto último...

—¡Insensato! Sal de mi presencia;
—rugió airado el Procónsul.

—Obedezco,—contestó el amado hi-
jo, con los ojos humedecidos de lágri-
mas.



La comida siguió en silencio.

—Toma, esposa mía, tu regalo de
boda;—y le entregó *Liberticida* un plie-
go cerrado á su dama

—Más deseara, ahora, las escrituras
de la paz que las de la mansión soñada.

—¡Tú también! Pues mira la paz como
anda;—y así diciendo le alargó su es-
poso un despacho telegráfico.

—¡Otra batalla!—gritó despavorida
la dama.

¡Más sangre! ¡hasta que nos aho-
gue! Pero á las cuitas de la dama con-
testó una como oscilación que diera el

cuerpo de un amado esposo, rebotando sobre la silla, mientras la copa del vino, color de topacio, que tenía en la mano el magnate, saltó al suelo hecha añicos.

—¿Qué te pasa? Preguntóle la angustiada esposa.

—Na...da.. que á tanto nombrarla creía la bebia!!

—¡Horror!

Y el sibarita quedó como petrificado muy luego cuando por fenómeno óptico osciló la luz, y entre la obscura penumbra creyó ver el espectro sangriento que vió el amigo de Cassio, augurándole lo volvería á ver en Filipos...

La horrible visión mostraba con el brazo rígido el firmamento.

¡Desdichado! había olvidado que hay un Dios *que ciega al que quiere perder.*



—¡Tristes bodas! se dijeron más tarde los amantes esposos. Bodas sí, pero en consorcio con la muerte. Y decían la verdad.

Era la voz de la conciencia que reprimaba á la iniquidad.



CAPÍTULO XI.

PROVIDENCIA!!

PÍBRENOS Dios del feo pecado de ser apologistas del crimen; mas sí, apoteemos y deifiquemos el martirio.

Llenemos ese vacío de la sociedad meticulosa é ingrata, y acallemos el grito de la mogigatería y los ampulosos desbarros conminatorios de los zoilos petulantes, ó de los expoliadores, de Catones revestidos.

Hay un muerto, es verdad; pero ese muerto causó otros mil. Y si bien nos duele que en él termine la existencia de un padre y de un esposo, dolió-

nos más la muerte de otros muchos tan buenos padres y buenos esposos y de si más inocentes.

Los que al caer al rudo golpe del arma fraticida, rindieron su vida por ignorado objeto y desconocido fin. Peor que peor, cuando la muerte del caido deja en desamparo á inocentes seres, que irán al montón del olvido.

Comparad huérfanos con huérfanos y vidas con vidas, y luego aquilatad posiciones y destinos.

«Que el tronco del opulento, al rodar no cause más ruído que el sucumbir del ciudadano; que todos son hijos de Dios y amamantados por mujer,» como decía el convencional francés.

Que una gota de sangre culpable no vale los ríos de sangre inocente, derramada en holocausto de la insensatez y del orgullo, afirmamos nosotros.

¿Y el principio de autoridad? nos dirán los doctrinarios, encerrados en los últimos baluartes de su dogma.

¡Buen principio de autoridad el impuesto por la fuerza y contra derecho!

¿Pero hay acaso más principio de

autoridad y más supremo que el que emana de la soberanía de la nación?

¡Que hay ley! Y acaso es más ley la del falible togado que la ley excelsa de un pueblo?



— ¡Adiós!.. *Antonita*, dame un abrazo.

— Pero ¿qué te ha dado, *Abiram*?

— Nada... estoy impresionado por la muerte del pobre Aloz.

— Mucho lo has sentido, cuando te acuerdas de él desde tanto tiempo transcurrido. En efecto, bien merece nuestras lágrimas. Y la infeliz niña, engañada por su hermano lloraba con él.

En otra cosa que en el pobre soldado muerto en la operación quirúrgica de la amputación de su brazo, pensaba *Abiram*. Otra cosa ocasionaba sus lágrimas. Pensaba que acaso no volvería á ver más á su querida hermanita, pues que él iba á cumplir su misión, en la que jugaría la vida, indudablemente.

— Adiós,—reiteró el desdichado.

Adiós á todos, y como arrancándose

con fuerza violenta del lado de su hermana, salió en aras de su destino.



Era mediado día. El astro Rey irradiaba con fuerza potente sobre la poética ciudad; el cielo sin celajes y el ambiente tibio.

—Hasta Dios está de parte de *Liberticida!*—decían los que no sabían que la Providencia «ciega al que quiere perder.»

En efecto, el insensato magnate, que se había propuesto hacer una gran ostentación de fuerzas, se congratulaba de que el día le favoreciese. Los anteriores fueron tormentosos y desapacibles.

—Pero no importa; que llueva ó truene, ó que caigan rayos, la fiesta se celebrará,—se decía *Liberticida*.

¿Qué le importaban á él los sufrimientos del soldado, á quien lo mismo sacrificaba en paseos y mascaradas que en el campo de batalla? Si llovía, él y sus allegados irían en coche.

Pero no sucedió así. Ya hemos di-



Portrait of Alexander Codner

cho, el día era esplendente y digno de recordar en otrora más feliz, la fausta y gloriosa epopeya uruguaya; cuando no se estilaban déspotas, ni se adoraba á los ídolos de barro, aunque de oro revestidos.

Las calles por donde tenía que pasar la gran comitiva, estaban repletas de soldados en orden de parada. Los clarines y cajas de guerra herían los aires con sus agudos sones y retumbantes zumbidos; las músicas militares ejecutaban alegres marchas, y las cureñas de la artillería rechinaban sobre el pavimento, al compás del batidero de las patas de los trotones de guerra.

Interin, las campanas tañían con furor, y el cañón retumbaba con acompañados estruendos. Todo era bullicio marcial y regocijo, de palaciegos y soldados... Pueblo ninguno; algún curioso. Las casas cerradas y los balcones desiertos.

Sonó la hora; del templo, casa del Dios justo, salían en ecos de místicos timbrados los últimos motetes de la armoniosa plegaria, cosa de esta vez profana que rechazaba el cielo.

La fiesta solemne, ya terminada, había llenado de regocijo y orgullo á la corte palaciega. Se comenzó el desfile del frac y del vistoso uniforme, ante la gente marcial, que muy luego presentaría armas al otro dios, de materia deleznable.

Liberticida iba risueño y orondo. Burlaba la zaña y se reía del presagio.

Era omnípotente. Dios estaba con él, creía. ¡Desdichado!

Mientras, la *corte* seguía su excursión. Al frente iba el Proconsul, mirando con énfasis soberano á aquellos pocos espectadores que querían presenciar su caída, porque era indudable que por intuición todos adivinaban su fin. Sin embargo, al obcecado, ya lo hemos dicho, todo le era indiferente á su alrededor; enceguecido por el orgullo insensato de plebeyo ensoberbecido que sueña ser rey, los hombres semejabanle hormigas.

Y nada le hacía mella, ni le causaba espanto; ni aquellas bocas entreabiertas que escupían el apóstrofe y la mal-

dición ni aquellos ojos que fulminaban, ni las cabezas cubiertas y erguidas, ni tampoco los puños crispados que se batían en el vacío. A todo era indiferente, y en su menosprecio, sin ser valiente aunque sí osado, ni siquiera recordó al espectro sangriento que en la noche de sus bodas de plata lo emplazara para *Filipos*.

• • • • •

Una de las bandas militares de la parada ejecutaba con primor el sagrado himno de notas vibrantes; los instrumentos hablaban y las mentes calenturientas repetían la estrofa épica que recuerda á los uruguayos «*la lanza de Marte*» y «*el puñal de Bruto*».

El ambiente caldeaba, no obstante estar la atmósfera glacial; y es que hay dos temperaturas como hay dos fuerzas: la positiva y la negativa. Las imaginaciones eran volcanes henchidos de fuego; parecía que el espacio vomitaba la muerte, y tal era el hálito de destrucción que se respiraba, que antojaba que todos aquellos espectadores embrazaban el arma homicida... y hasta

los soldados, al presentar las armas á la majestad de cielo, antojaba que apuntaban al corazón, del causante de su libertad perdida.

Y las bandas militares lanzaban con ardor al espacio, las estrofas guerreras, con timbrados sonoros que los ecos repetían.

« *Libertad ó con gloria morir.*

• *De este don sacrosanto la gloria
Merecimos..... ¡Tiranos temblad!*

• *Orientales, la patria ó la tumba
Libertad, ó con gloria morir
Es el voto que el alma pronuncia
Y que heroicos sabremos cumplir.*

• *Y hallarán los que fieros insulten
La grandeza del pueblo oriental
Si enemigos, la espada de Marte;
Si tiranos, de Bruto el puñal.*

¡Desgraciado *Liberticida*! Tu sentencia está dictada y los eos la repiten; ya es llegada tu última hora; el dedo de la fatalidad te señala, la voz airada del Dios del Sinai dicta tu fin; ya está alzada la espada flamígera del Arcángel. y... allí, ante tus seides y eso que llamas tus ejércitos de soldados—que otra cosa no son sino hijos del pueblo, que al rendirte homenaje te odian de corazón—allí, allí vas á perecer como la soberbia encina, triturada por los rayos del cielo.

¡Abiram! ¡El vengador! La parca homicida que brota de la tierra para destruir tu deleznable materia; brazo de la providencia que abatirá tu orgullo y cortará el hilo de tu existencia, ante ese mismo pueblo que has esclavizado y cuyas leyes venerandas has hecho trizas, con los cascós de los brutos que cabalgan tus guardias pretorianas!

En efecto, Abiram era el predestinado; no estamos seguros de que otros no empuñaran, como él, el arma homicida. Ya lo hemos dicho, el aire estaba

preñado de amenazas; se aspiraba venganza y se respiraba muerte. . . .

Un tiro sonó muy luego, al que siguió un débil quejido como el tenue gemir de un niño; despues, rasgose el lienzo de la atmósfera de pólvora y humo, apareciendo la figura del vengador, plácida y serena y casi sonriente, sosteniendo aún, en su mano derecha, el arma humeante del sacrificio. ¡Era *Abiram*, que á sus pies tenía el cadáver de un desdichado, que creyó poder burlar impunemente á un pueblo amante de sus libertades y derechos!!



Las tropas desfilaron; en los semblantes de los marciales, se pintaba la indiferencia, ya que no el alborozo, por el sangriento suceso; la férrea disciplina ahogaba en sus pechos de ciudadanos-soldados, sus legítimas expansiones.

El pueblo todo se regocijó: y ese mismo pueblo, todo bondad y humanismo, de esta vez, hasta feroz fué en su general y espontáneo bullicio de alegría.

Las calles se llenaron de gente ávi-

da de comunicarse su regocijo y de comentar á placer el fúnebre suceso.

¡Y es, que cuando muere un promotor de públicas desdichas y causante de los males de la patria, parece que su muerte da vida!... ¡Si, en efecto, la vida institucional y las que se ahorran en el campo de la matanza!

¡Si esta no es lección severa para los gobernantes, que olvidan la soberanía del pueblo, y si no es ello aviso del cielo, habría que creer que Dios no es Dios, y que su justicia es un mito!

FIN

ÍNDICE

	Páginas
CAPÍTULO I—Tiranicida!	5
" II—Liberticida!	11
" III—Antecedentes	19
" IV—Misera existencia.	23
" V—Los gracos	33
" VI—Reflexiones	47
" VII—Expoliario	57
" VIII—El herido	63
" IX—Dilucidando	73
" X—«Bodas de plata»	81
" XI—Providencia!!	89

ABIRAM

ó

EPÍLOGO DE SANGRE

Se vende en todas las librerías de la Capital
al precio módico de **veinte centésimos** de peso
oro el ejemplar, en 1.^a edición.

* NOTA *

Los señores agentes, libreros ó cualquier otra persona de la campaña, que deseen adquirir ejemplares de la obra, pueden dirigirse al autor remitiendo el importe de los ejemplares que solicite y el porte respectivo. Se les hará el descuento de práctica.

Dirección: Calle Goes, 84 (altos)